

AÑO XIV, SERIE II

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONOMICAS

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Ing. F. Pedro Marotta
Por la Facultad

Enrique Julio Ferrarazzo
Por el Centro de Estudiantes

Adelino Galeotti
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Guillermo Garbarini Islas

Dr. Alfredo S. Gialdini
Por la Facultad

Jacinto González
Por el Centro de Estudiantes

Salvador Russo
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Los Estados Unidos: pobres y ricos

Con este título dió el *Dr. Pedro Henríquez Ureña* la primera lección del curso breve, de extensión universitaria, que dicta en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires.

La elemental clasificación de los miembros de una sociedad en ricos y pobres, dijo, adquiere en los Estados Unidos un valor especial. En todas las sociedades humanas ha existido siempre, como no podía ser menos, el aspecto económico de la vida; pero lo que varía es la atención que se dedica a ese aspecto. Las sociedades primitivas, y en tiempos posteriores las sociedades rudimentarias, no conceden al aspecto económico de la vida igual atención que ciertas sociedades modernas: en ellas el problema económico es sencillo, y la sociedad clasifica a sus miembros, por ejemplo, en atención al valor, a las proezas que se resumen, al fin y al cabo, en la capacidad de matar, matar hombres (guerra) o matar animales (caza). Las sociedades teocráticas concentran su atención en el problema religioso. Otras sociedades lo concentran en el problema político, en la organización del gobierno, cuando este problema ha pasado de la primitiva etapa guerrera, y pasa a una etapa intelectual. Aun la capacidad intelectual o la artística llega a determinar un criterio de clasificación en muchas sociedades, aunque nunca probablemente este criterio haya sido el único en ningún pueblo. Existe, aunque no como criterio dominante, hasta el donjuanismo como objeto de atención preferente en ciertos pueblos. El aspecto económico, pues, puede ser secundario, en sociedades como la griega, donde no había verdaderos ricos, existiendo como única división económica importante la de libres y esclavos, y para

más, esta división era de origen guerrero: para los griegos el hombre rico, a lo Crespo, era un fenómeno de sociedades semibárbaras, curioso de observar, pero que ellos no deseaban imitar. O bien el aspecto económico de la vida llega a perder el carácter de problema individual en las sociedades de tipo comunista que han existido en el pasado y existirán en el futuro.

Hasta es posible que, desde el punto de vista de la clasificación de los miembros de una sociedad, la riqueza haya comenzado a estimarse, más que por sí misma, por considerársela como manifestación de poder, y la manifestación de poder es en su origen una manifestación de valor. Según Veblen, el agudísimo sociólogo, lo primero que estiman los hombres es el valor; el valor da poder sobre los demás hombres. Las cosas materiales empezaron a apreciarse socialmente como trofeos de guerra. Además, el guerrero, cuando no está dedicado a su actividad propia, o a la subsidiaria de la caza, tiene derecho al ocio: el ocio pasa a ser un indicio de riqueza, es decir, de poder, y la última manifestación de la división de clases es la creación de una clase ociosa.

Pero a medida que el hombre se multiplica sobre la tierra el aspecto económico de la vida va tomando carácter de problema; hay necesidad de que los recursos naturales alcancen para todos. Es curioso recordar que la ciencia de la economía política se organiza justamente cuando el problema se hace agudo, y que uno de los maestros fundadores es precisamente Malthus, que estudia la relación entre los recursos naturales y la población que crece.

Justamente en ese instante agudo es cuando nacen los Estados Unidos, y en esta nación la sociedad humana se reorganiza haciendo del problema económico el que concentra la atención: por primera vez toda una sociedad desnuda el problema, y funda en él la determinación de los tipos y los grupos. Al principio, esa sociedad parece tener ante todo una preocupación política; pero esa preocupación envolvía ya la económica, y ésta se sobrepone bien pronto a aquélla. La libertad política misma, el espíritu individualista, ayudan a reducir a sus términos fundamentales el problema económico, que en aquel territorio era agudo, porque la naturaleza en los Estados Unidos, si bien rica, no entrega sus productos sin esfuerzo (al contrario de lo que ocurre en el trópico) y porque tampoco existía una población conquistable, que trabajara para el conquistador, como ocurrió en buena parte de la América española. La norma de vida, en el orden económico, es la libre competencia, y el hombre que tiene éxito económico es el que pasa a tipo dominante y a ser considerado superior.

Es verdad que, a pesar de la igualdad política postulada en la

constitución, no todos los habitantes son iguales: existe el negro. Pero el negro es en los Estados Unidos como una especie distinta que conviviera con el blanco y que, si bien lleva una vida semejante a la de éste, la lleva en otros lugares y no en común con él. El indio, en general, no ha querido sumarse a la existencia norteamericana. El asiático tampoco se suma a ella. Pero dentro de la comunidad anglosajona la igualdad es real, y el inmigrante europeo, en cuanto puede hablar inglés, entra en ella. El presidente Roosevelt, perteneciente a una de las familias norteamericanas más antiguas, contaba en un artículo que en una ocasión fué invitado a comer por una familia, y al llegar se le presentó una joven desconocida; luego se le explicó que esa era la "joven que preparaba los alimentos" (en resumen, la cocinera), pero que la familia había decidido no tratar a los sirvientes como inferiores, y, una vez servida la mesa, la sirvienta se sentó a comer con ellos. Roosevelt declaraba que esto le pareció muy bien. Esta opinión representa, si se quiere, un caso extremo, pero no excesivamente raro ni mucho menos; es un producto natural de aquella sociedad.

Efectivamente, aquel pueblo fundado sobre la teoría de la igualdad de todos los hombres (blancos) no establece más distinción que la de pobres y ricos. Y esta no es una verdadera división de clases, o sólo lo es temporalmente, puesto que la riqueza no es cosa que pueda considerarse inherente al hombre, sino accesoria, y cambia de manos. En los Estados Unidos es común el axioma: "de mangas de camisa a mangas de camisa en tres generaciones"; la primera generación pasa de pobre a rica, la segunda es rica, con tendencias hacia abajo, y la tercera termina en pobre. Las jerarquías naturales son allí las del dinero — salvo las naturales excepciones que crean, por ejemplo, la política y las actividades de cultura —, y estas jerarquías no son, en realidad, equivalentes a las "clases" europeas: son diferencias en el disfrute de la vida y muy poco más; lo poco que les queda de semejanza con las clases europeas es el arrastre histórico recibido de éstas. El norteamericano, pues, ha reducido la existencia social a uno de sus términos elementales: el económico.

En este sentido, aquel país es un experimento interesante, que después se ha repetido en otros pueblos de lengua inglesa (Canadá, Australia, etc.) y que ha empezado a contagiarse a Europa, por no hablar de nuestra América. Pero ¿podemos declarar que ha sido un éxito este interesante experimento?

En los Estados Unidos la actividad económica es tan absorbente que no deja tiempo a la mayoría para otra cosa que las distracciones que no requieran esfuerzo mental: el hombre "piensa" de-

masiado en su actividad económica, piensa demasiado en "hacer" y en "tener" para pensar en otras cosas. Nada se puede hacer sin dinero, y los hombres cuya actividad es distinta de la de producir riquezas se ven cohibidos en su labor, o bien caen en el error de dar forma comercial a sus actividades, que no pueden ser sino desinteresadas. El santo, el hombre de ciencia, el artista, no pueden mezclar a sus preocupaciones la de la riqueza sin falsear sus fines. De ahí que aparezcan ejemplares de falsos santos que durante algún tiempo se dedican a la prédica religiosa y después, enriquecidos, se retiran. De ahí que en las grandes universidades, a pesar de su opulencia, se sienta agudamente el conflicto entre el cultivo serio de la ciencia y la presión del hombre de negocios.

El experimento sería satisfactorio si, al reducir el fin de la vida a la persecución de la riqueza y los goces de la existencia a los de carácter material, el hombre se hubiera librado de preocupaciones (aunque entre las preocupaciones desechadas por la mayoría fueran incluídas muchas que algunos consideramos trascendentales, como las de la inteligencia desinteresada y la creación artística). La felicidad real de las masas justificaría estas pérdidas. Pero tal felicidad no se ha obtenido. El norteamericano, que pareció feliz mientras su experimento político-económico fué nuevo, ya va rápidamente dejando de serlo: no sólo porque la riqueza no se distribuye de modo satisfactorio, y la democracia degenera en plutocracia, sino porque se vive en perpetua tensión e inquietud, en punto de crisis nerviosa, y la limitación del radio espiritual es tal que según los mismos norteamericanos, hasta las ideas políticas han dejado de interesar a la mayoría. Todo parece indicar que el experimento es transitorio.

Pedro Henriquez Ureña.